

las reglas de una escrupulosa decencia, en la cruz en que se decía que iban á dar muerte á todos los cristianos. Los criados, ocupados tambien en su propia suerte, se apresuraban á preparar sus relicarios, rosarios y Crucifijos, y todo esto con tanta paz y tranquilidad, que algunos militares imbuidos aún en las preocupaciones de su país, donde es una infamia padecer violencia, arrojaron sus puñales y alfanjes al ver este espectáculo, para tomar algunas insignias piadosas á ejemplo de las mugeres y dejarse asesinar como estas.

Sin embargo, al sexo devoto cupo la gloria de ser el primero que vertió su sangre, aunque fué derramada sin orden del emperador. Tenia un idolatra una muger cristiana, á quien amaba en extremo, y viendo el peligro próximo á que esponia esta Religion á una esposa tan querida, quiso hacérsela abjurar. Despues de haber intentado el cumplimiento de su designio por todos los medios imaginables, bien que sin ningun efecto, llevóla á lo mas enmarañado y oscuro de una selva retirada, con una esclava firme tambien en la fé. Desenvainó allí el sable y le presentó á sus ojos, pero sin causarles ninguna sorpresa; y levantando luego el brazo, como si fuera á cortar la cabeza á su esposa, dió un golpe de revés y cortó la de la esclava. Arrodióse al punto su muger, aguardando la muerte de un momento á otro; pero no quedaron satisfechos sus deseos, porque el marido alzó á su esposa, penetrado de una veneracion que apenas igualaba á su ternura, enteramente renovada por el espectáculo de este heroismo cristiano.

Durante las turbulencias del reino de Bongo, cayó en manos de un idolatra una señorita de distincion, que habia sido hecha esclava, quedando espuesta su castidad á iguales riesgos que su Religion. Para lograr la ayuda del cielo con mayor abundancia de gracias, hizo voto de virginidad, y opuso á las importunaciones de su tirano la santa entereza de una esposa de Jesucristo. El seductor, desesperado, la en-

tregó á unos mozos libertinos; pero alentada por un esfuerzo celestial, llenólos de consternacion, y los ahuyentó de sí. Amenazóla con que la haria experimentar, como cristiana, todo el rigor de las leyes, y ella se rió de un error que le presentaba como el mal supremo lo que en su concepto era el mayor bien. Dispuso que la despedazasen todo el cuerpo á fuerza de azotes; y al ver ella su sangre, prorumpió en cánticos de triunfo y en accion de gracias. Convirtiéndose entonces el despecho en furor, condújola aquel malvado al lugar del suplicio, dióla de puñaladas por su propia mano, y arrojó su cuerpo á una cloaca.

Lo que en medio de tan grandes ejemplos inspiró á los infieles la mas alta estimacion del cristianismo y desconcertó todas sus ideas, fué el ardor de los niños de la mas tierna edad en hacer que los alistasen en las enumeraciones que se hacian de los fieles, y el recelo que tenian de libertarse de la muerte. Mas calmáron muy en breve todos estos movimientos, porque llegó la noticia de que solo perecerian los misioneros presos en Ozaca y Meaco, con los pocos cristianos que estaban entonces en su compañía. No habia proscrito el emperador mas que á los religiosos que habian pasado de Filipinas, porque se juzgaba que los españoles meditaban desde allí la conquista del Japon y que de allí los enviaban para promover la sublevacion de los japones convertidos. Sin embargo, como habia visto la lista en que estaban anotados los tres jesuitas con los seis religiosos de San Francisco, y como á pesar de que los gobernadores les eran muy favorables no osaron hacer ninguna variacion en ella, quedaron todos nueve sujetos á la proscripcion. Es verdad que no se les custodiaba con mucho rigor, y que, mediante la libertad que se les dejaba para atender á sus negocios, podian desaparecer fácilmente; mas si los simples fieles se manifestaban tan deseosos de padecer el martirio, sus padres y maestros no le habian de mirar como una suerte digna de evitarse.

En vista de la última relacion hecha al emperador el dia 30 de diciembre de 1596, mandó que puestos los presos en unas carretas los paseasen con ignominia por las ciudades de Meaco, Ozaca y Sacai; que les cortasen las narices y las orejas, y que despues los crucificasen en Nangazaqui. Decia la sentencia en términos espresos, que se les condenaba porque habian ido desde Filipinas al Japon, porque habian permanecido mucho tiempo en este imperio sin permiso del emperador, y porque habian predicado la ley de los cristianos, contravieniendo á su prohibicion. Ascendia á veinte y cuatro el número total de los presos, esto es, tres jesuitas japones, el uno de ellos sacerdote, llamado Pablo Miki, y dos novicios, que eran Juan de Soan, llamado por lo comun Juan de Gotto, con alusion al país donde habia nacido, y Santiago Kisai; seis religiosos franciscanos, á saber, Pedro Bautista, superior de ellos, Martin de Aguirre ó de la Ascension, y Francisco Blanco, sacerdotes, con tres legos, llamados Felipe de las Casas ó de Jesus, Francisco de Parrilha ó de San Miguel, y Gonzalo Garcia. Los demas eran criados ó catequistas agregados á los religiosos de San Francisco, y sorprendidos en su compañía cuando pusieron guardias en sus casas.

Uno de estos, que era el proveedor del convento, se llamaba Matias. Cuando llegó el caso de reunirlos llamólos por sus nombres un ministro de justicia, para ver si estaba completo su número, y como no se les custodiaba con mucho rigor, ocurrió no hallarse presente Matias. Gritando el ministro con todas sus fuerzas: ¿Matias? ¿dónde está Matias? Acudió un cristiano que vivia cerca del convento, y le dijo: «Aqui está Matias. Nada importa la persona por quien usted pregunta. Yo tengo el mismo nombre y la misma Religion.» «Basta eso (respondió el ministro de justicia): quédese usted con los demas.» Agregóse pues el generoso cristiano á los otros confesores, dándose el parabien de que por medio del nombre de

Matias conseguia una suerte semejante á la de aquel santo Apóstol. Un muchacho de doce años, llamado Luis, habia sido preso con otros dos de alguna mas edad que servian para ayudar á misa en el convento de los religiosos de San Francisco. Compadeciéronse de sus pocos años los ministros de justicia, y se opusieron por algun tiempo á incluirle en la lista de los fieles destinados á morir; pero mostró tan gran pesadumbre y se quejó en tales términos, que fué preciso alistarle como á los demas. Quiso algunos dias despues libertarle tambien un caballero pagano que se hallaba en el convento, pero le contestó el niño: «Guardad vuestra compasion para vos mismo, y pensad solo en merecer la gracia del bautismo, sin la cual no podeis menos de padecer una eternidad de desgracias.»

Estando juntos los veinte y cuatro presos lleváronlos á pie á una plaza de Meaco, para proceder á la ejecucion de su sentencia. Ordenaba esta que se les cortasen primero las narices y las orejas; pero no pudo resolverse el gobernador á desfigurarlos de un modo tan bárbaro y se contentó con que á cada uno de ellos se le cortase la estremidad de la oreja izquierda. Paseáronlos despues en unas carretas, segun la orden terminante del emperador, y la costumbre de aquel país, donde por este medio se pretende inspirar mas horror al delito; y lo que sucede es que el populacho llena de injurias y oprobios á los delincuentes; mas aquí, por el contrario, vióse un gentio inmenso, poseido de un triste silencio que solo se interrumpia con los suspiros y gemidos. Los tres muchachos en particular, con su tranquilidad, con su paz angelical, y con la sangre que les corria por las megillas, escitaban la indignacion de los mismos idolatras, los cuales esclamaban de cuando en cuando: «¡Oh injusticia! ¡Oh indignidad! ¡Oh crueldad abominable!» Algunos fieles iban corriendo detrás de los guardias, y les pedian por favor que les dejasen subir en las carretas. Cristianos y pa-

ganos, todos, sin exceptuar los guardias, á lo menos al principio, procuraban facilitar á los confesores todos los alivios imaginables; pero al fin se enfadaron los guardias con dos fieles que manifestaban un ardor extraordinario en este ministerio de caridad, y les preguntaron si adoraban tambien al Dios de los cristianos. «Sin duda alguna (les respondieron al momento), y aborrecemos á vuestros ídolos.» Los guardias los agregaron por su propia autoridad á los veinticuatro confesores; y cuando Taicosama supo después esta particularidad, exclamó: «Es necesario confesar que hay algo de muy extraordinario en la constancia y caridad de los cristianos.»

El paseo de los mártires no fué tanto una humillacion para ellos como un triunfo para el Evangelio y una larga mision, acompañada de innumerables conversiones. No cesaban de predicar á Jesucristo en todos los parages por donde pasaban. El P. Aguirre y el P. Miki, entre otros, hablaban con tanta uncion, que los mismos ministros de la tiranía decian que era imposible oírles sin tener algun deseo de abrazar su ley. Por otra parte se quejaban los bonzos de que para abolir el cristianismo se valia el emperador de unos medios que solo servian para propagarle, y decian que con pocos castigos como este habia bastante para arruinar la religion del imperio.

Al acercarse á Nangazaqui, fué á reconocer á los presos el oficial que estaba encargado de autorizar con su presencia el castigo, y habiendo reparado en Luisito, se sintió movido á compasion, y le ofreció libertarle, si consentia en renunciar á Jesucristo: á lo que respondió Luis con demostraciones de indignacion. Creyó el pagano que sacaria mas fruto de otro muchacho llamado Antonio, porque le veia rodeado de sus padres, que aunque eran cristianos, se mostraban inconsolables al considerar que iban á perderle. Le hizo presente que debia conservarse para beneficio de ellos, que les hacia suma falta, y que él le pro-

porcionaria medios para que les socorriese abundantemente; pero el valeroso niño se rió de estas promesas, y dijo: «el amor de las riquezas me hace tan poca impresion como el temor de los suplicios, y miro como la mayor felicidad que puede acontecerme el morir en una cruz por un Dios que antes ha muerto en ella por salvarme.» Después de esto el niño llamó á parte á su madre, y la hizo presente que no era propio de una madre cristiana llorar la muerte de un hijo mártir, como si no conociese el valor y el premio de semejante sacrificio: con cuyo motivo la dijo unas cosas tan bien pensadas y tan sublimes, que nos parecerian increíbles en boca de un niño de tan pocos años si no supiésemos que en aquellos climas se anticipa la razon á la edad, y aun la grandeza de alma á la razon. Se tendria tambien por una fábula lo que se refiere de un niño aun mas pequeño, de cinco años, si se tratase de cualquiera otro pais. Habiéndole preguntado qué responderia en caso de que quisiesen saber de su misma boca si era cristiano, respondió: «Diria intrépidamente que lo soy y yo mismo iria á presentarme al verdugo.» Al proferir estas palabras, á las que siguieron otras igualmente tiernas, encendióse su rostro, su corazon agitado parecia querer volar al cielo, y sus ojos bañados en lágrimas de alegría anunciaban sentimientos muy superiores á lo que su tiernecita boca podia espresar.

Los misioneros de la Compañía de Jesus, y los de las otras órdenes que llegaron últimamente del Japon, aunque animados de buenas intenciones no habian seguido el mismo método en sus tareas evangélicas, ni observado siempre entre sí una armonia perfecta, lo cual perjudicó considerablemente á los progresos del Evangelio, y mucho mas á la tranquilidad de la iglesia del Japon. En la vispera de su sacrificio, considerando los objetos el Padre superior de los franciscanos de distinto modo que hasta entonces, dijo á dos jesuitas enviados por su provincial para asistir á los confesores

en la hora de la muerte, que reconocia por último que se le habia preocupado inoportunamente, y les pidió perdon con mucha humildad en nombre suyo y en el de todos sus religiosos. Los jesuitas por su parte le suplicaron en nombre de la Compañía que olvidase todos los disgustos que pudiera haber recibido de ella. Hecho esto, se confesaron todos los presos, religiosos y seglares, con cuanta compuncion y piedad podia inspirar la situacion en que se hallaban. Hubieran querido recibir tambien el Sacramento de la Eucaristia; pero fué tan grande la agitacion que advirtió el presidente en los vecinos de Nangazaqui, que temió causar una sedicion si se detenia mas tiempo. Esto mismo le movió á que la ejecucion se efectuase fuera de la ciudad.

Se eligió á poca distancia de Nangazaqui una colina, que después se llamó con justa razon el *Monte Santo, y el monte de los Mártires*. Nunca hubo en el universo un lugar regado tan copiosamente con la sangre mas pura de los cristianos. Fueron llevados á él los confesores el dia 5 de febrero que en aquel año (1597) cayó en viernes; circunstancia que aumentó su consuelo por el nuevo rasgo de semejanza que adquiria su sacrificio con el del Hijo de Dios, sacrificado en igual dia. Iban tan á prisa, que apenas se les podian seguir. Luego que descubrieron las cruces echaron á correr para abrazarse cada uno con la suya, mostrando un regocijo que acabo de asombrar á los paganos. Ya se consideraban en el término de sus trabajos, y se olvidaban del momento de dolor que los separaba del lugar de su triunfo. La muerte de cruz no es mas terrible en el Japon que los suplicios comunes. Se ata al paciente con vendas por los brazos, por los muslos y por medio del cuerpo; descansan los pies en un travesaño que se pone en la parte inferior de la cruz, y en medio de ella se coloca un maderito en que está sentado. Levantada la cruz, hiere el verdugo al crucificado con una lanza que le entra por el costado

do y le sale por la espalda. Algunas veces hay dos verdugos que le hieren transversalmente á un mismo tiempo, y si ven que todavia respira, segundan con celeridad el golpe para que no siga padeciendo.

Luego que empezaron á levantar las cruces, el P. Bautista, que estaba colocado en el centro, entonó el cantico de Zacarias, y le continuaron los demas. Pablo Miki, que era elocuente, hizo una exhortacion que enterneció á los idólatras no menos que á los fieles, y la concluyó con una oracion aun mas patética por sus verdugos. Los muchachos que no cedian á sus maestros en firmeza ni en piedad, cantaron el salmo *Laudate pueri*; y estando para acabarle, recibió Antonio el golpe mortal, sin dar siquiera indicio alguno de haberle sentido. Desprendidos todos los demas de los vínculos de la carne en pocos momentos, fueron á reunirse con los coros de los espíritus celestiales. El P. Bautista, como superior, fué el último á quien se dió muerte. Estaban tan compadecidos los espectadores, que por todas partes se oian gemidos y sollozos. Dicese que el oficial que autorizaba el suplicio no pudo presenciarle hasta el fin, y que en el instante en que vió que corria la sangre de los mártires, se retiró llenos de lágrimas sus ojos. Un apostata que habia contribuido á su muerte, quedó tan penetrado de arrepentimiento, que viendo á un portugués en medio del concurso, fué corriendo á donde estaba, detestó en público su delito florando amargamente, y trató con él de los medios oportunos para volver á ponerse en camino de salvacion.

Cuando hubieron espirado los mártires, no les fué posible á los guardias echar de allí á los concurrentes. Después de haber conocido cuan inútiles y aun peligrosas eran las violencias á que recurrieron al principio, dejaron que recogiesen todos la sangre que habia caido de las cruces, que se llevasen la tierra empapada con ella, y que satisficiesen de todos modos su devocion. Cortó uno un dedo del pié

al P. Bautista, y se asegura que salió de él sangre viva, sin embargo de que habían pasado tres días desde su muerte. Se refieren otras muchas señales y prodigios con que quiso manifestar el cielo que había aceptado el sacrificio de sus víctimas, y muchos de estos milagros se probaron con tanta evidencia, que treinta años después mandó Urbano VIII que se les tributasen los honores propios de los santos mártires.

Taicosama, que fué el primer emperador del Japon que persiguió á los cristianos, no quitó la vida mas que al corto número de personas que acabamos de referir, cuya sangre sirvió de fecundar para el cielo la tierra que se regaba con ella; pero aquel príncipe abrió el camino á sus sucesores, y con un escándalo infinitamente mas perjudicial les transmitió las preocupaciones políticas que, erigidas después en máximas de Estado, exterminaron el cristianismo del Japon, al mismo tiempo que acabaron con todos los cristianos. Después del suplicio ejecutado en Nangazaqui, publicó otro edicto contra la Religión, mandando que saliesen del imperio todos los misioneros; pero la enfermedad que le acometió poco después y le causó la muerte, produjo otro género de cuidados en el gobierno (1598). Dejaba un solo hijo de tierna edad, bajo la tutela de un regente y de un consejo de regencia, que se indispusieron al punto con sus pretensiones encontradas y sus celos. Prevaleció al fin el regente, y ya fuese por efecto de gratitud para con los príncipes y caballeros cristianos que le habían servido en gran manera, ya porque estimase su Religión, ó ya por respetos políticos, permitió á los misioneros que entrasen otra vez en sus antiguos establecimientos. Respiraron á lo menos los fieles por algun tiempo, y aumentóse prodigiosamente su número durante esta calma pasajera.

Apenas fueron atormentados entonces sino en el reino de Fingo, que desde las manos de uno de los reyes mas cristianos del Japon,

comprendido en la desgracia de los consejeros de la regencia, había pasado á uno de los generales del regente ó tutor. Este nuevo rey, idólatra furioso y poseído del espíritu de secta, desentendióse de que había en sus cortos Estados cien mil cristianos bien instruidos, y empeñóse en hacer abrazar el culto extravagante de los fatocos á todos los nobles de Jatuxito que era una de sus mejores ciudades. Ciego con su nueva grandeza, había juzgado que ninguna resistencia encontraría; pero al ver que todos se reían de su edicto y no juzgando útil comprometer demasiado su autoridad, limitó el decreto á dos hombres distinguidos, ya por no quedar del todo desairado, y ya también porque su ejemplo contribuía mucho á la firmeza de los demás. Ninguna diligencia perdonaron para que Juan Minami y Simon Taquenda (que estos eran los nombres, para siempre célebres, de aquellos dos cristianos) diesen alguna señal, aunque fuese equívoca, de sumisión á la orden del rey. Cuando Minami supo que le habían condenado, fué á casa del gobernador encargado de la ejecución de la sentencia, quien para convencerle empleó cuanto supo sugerirle la tierna amistad que profesaba al confesor. Aunque le halló siempre igualmente firme, no dejó por eso de convidarle á comer. En la mesa se mantuvo Minami tan sereno como si se hubiera tratado de una visita regular. Al acabar de comer, mostróle el gobernador la sentencia de muerte firmada por el rey, á lo que contestó Minami que nada deseaba tanto como dar vida por vida á su Dios; y al punto le llevaron á un cuarto donde fué decapitado á los treinta y cinco años de su edad.

El gobernador, que profesaba aun mas íntima amistad á Taquenda, pasó á su casa para en unión de su madre y de su muger tratar de enternecer á un hombre á quien no esperaba amedrentar. Al verle se deshizo en lágrimas, y Taquenda no pudo contener las suyas, de suerte que estuvieron un rato sin po-

der pronunciar una palabra. Presentándose entonces la madre de Taquenda: «Señora (le dijo el gobernador), favoreced á un amigo desesperado al ver que la persona á quien mas ama se precipita ciegamente á su ruina. Son preciosos los momentos. Voy á dar cuenta al rey de la última disposición de un hijo que forma todas vuestras delicias. Prométome del cariño que le profesais, y de la prudencia que os hace tan recomendable, que le dareis consejos eficaces.» — «Nada mas puedo decir á mi hijo (replicó la madre generosa), sino que la corona eterna debe comprarse al precio mas subido.» — «Pero si no obedece al rey (repuso el gobernador), tendreis el sentimiento de ver que le cortan la cabeza.» — «¡Pluguiera al cielo (respondió la heroína) que mezclase yo mi sangre con la suya! ¡Ah! si podeis proporcionarme esta dicha, entonces confesaré que os debo el mayor beneficio que se pueda recibir de la amistad.» — Llamó el gobernador á parte á su amigo, y le llevó á casa de otro pagano que le estimaba mucho, donde emplearon todos los medios imaginables contra su constancia, aunque sin conseguir mayor efecto. Estrechando ya por último el cumplimiento de la orden superior, envió á Taquenda á su casa, é hizo que le acompañase un hombre encargado de la ejecución de la sentencia.

Retiróse el confesor por algunos instantes á tributar gracias á Dios y á vigorizarse con la oración. Pasó después al cuarto de su madre y al de su muger, para participarles su felicidad, y estas dos heroínas, sin inmutarse ni dar la menor señal de inquietud ó sobresalto, levantáronse con gran tranquilidad y pusieronse á disponer lo necesario para el caso. Cuando todo estuvo á punto, la mujer de Taquenda se acercó con respeto á su marido, á quien miraba ya como á un santo mártir, postróse religiosamente á sus pies, y le rogó que le cortase el cabello, pues estaba en la firme resolución de consagrar por lo menos su vida y su persona Señor, si no tenía la felicidad de morir por

él. Conmovióse sin duda Taquenda, ó quedó sorprendido al oír una proposición tan imprevisible, y teniendo alguna dificultad, ó deliberando con alguna lentitud, hizo su valerosa madre una seña, y al momento satisfizo la petición de su esposa. Llegó poco después de esta tierna escena un japon que había tenido la debilidad de renunciar á Jesucristo. Vió un oratorio adornado, unas mujeres entregadas á la oración, unos criados inconsolables, y á Taquenda sin verter una lágrima, preparándose á la muerte con la mayor serenidad, cual si fuese á un triunfo. Corrió á abrazar al confesor, aplaudió su valor, se acusó de su cobardía y ofreció no tardar en repararla. Arrojado Taquenda con este dulce consuelo que le enviaba Dios antes de morir, abrazó por última vez á su madre y á su esposa, mandó á sus criados que se retirasen, ofreció á Dios su sacrificio arrodillado delante de un Crucifijo, y alargó la cabeza al verdugo que la derribó al primer golpe. Las dos damas, espectadoras tranquilas de este terrible catástrofe, tuvieron valor para levantar la cabeza del mártir, besarla con respeto, y teniéndola vuelta hacia el cielo rogáronle por la sangre pura que brotaba de ella que las concediese también la gracia de derramar la suya propia. Retiráronse después á un gabinete apartado, donde pasaron lo restante del día pidiendo á Dios la gracia del martirio.

Aun no se había concluido la oración, cuando llegó la esposa del primero de los dos mártires, Magdalena, viuda de Minami, con un sobrino de siete ú ocho años, que habían adoptado ella y su marido, á participarles que las mujeres habían sido condenadas en odio de sus maridos, y que todas tres debían ser crucificadas aquella misma noche. No habían condenado hasta entonces al suplicio de la cruz á personas de su sexo. Esperaron, pues, á que anocheciese para llevarlas, y colocáronlas en unos palanquines; pero aquellas dignas siervas de Jesucristo se quejaron de que se les tratase con tanto miramiento, Suplicó la madre de

Taquenda á los verdugos que la clavasen en la cruz; pero no lo logró por mas instancias que emplease, porque estaban tan conmovidos y se prestaban con tanta repugnancia á aquel género de suplicio, que parecía ser otra su profesión. Aumentó los tormentos de la mártir el primer golpe dado con mano trémula, porque fué necesario volver á herirla para quitarla la vida. Estuvo espuesta á la misma prueba la constancia del niño, hijo adoptivo de Minami. La punta de la lanza no penetró bastante hondo para acabarle de un golpe, si bien hizo un profundo surco en aquella tierna víctima; y hallándose enfrente de él su madre adoptiva, atada tambien á una cruz, estremeciése al considerar el riesgo á que estaba espuesta la firmeza de un niño tan débil, y exhortóle á que invocase á Jesus y á María. Aunque el niño estaba tan tranquilo como si no le hubiesen tocado, obedeció á su madre, y al punto recibió otra lanzada que le dió la muerte. Apenas sacó el verdugo el hierro de la herida del hijo, clavóle aun humeante en el seno de la madre.

Restaba solo la muger de Taquenda: sus juveniles años, su afabilidad, su candor y su virtud, á que daba nuevo realce su rara hermosura, enternecieron de tal suerte á los verdugos, que ninguno osó poner sus manos en ella, y fué necesario que se atase por sí misma á la cruz, en cuanto le fué posible, hasta que el cebo de un vil salario incitó á algunos miserables á hacer el oficio de verdugos; pero como carecian del infame talento de estas gentes, diéronla una infinidad de golpes, sufriendolos la mártir con gran tranquilidad, y pronunciando los nombres de Jesus y María hasta que exaló el último aliento.

Si el rey habia concebido la esperanza de someter los cristianos á sus órdenes impías por medio del terror de aquellos suplicios, no tardó mucho en desengañarse, pues el ejemplo de estas heroínas escitó una noble emulacion entre los dos sexos, y aun en las clases menos

capaces de sublimes sentimientos. El verdugo, que habia decapitado á Taquenda, asíó con execracion el sable con que le habia cortado la cabeza; fué á arrojarle á los pies del obispo del Japon, y vertiendo abundante llanto le pidió el bautismo. Vióse así en la última edad, y en una nacion que apenas conocía á Jesucristo, lo que mayor admiracion habia causado en los tiempos mas brillantes de la Iglesia; y esto prueba que siempre y en todos los climas la inspira el mismo Espiritu.

Lo que llenaba de asombro en el primer ímpetu del fervor de los japoneses, reproducíase con alguna proporcion aun en la atmósfera impura que Ginebra inficionaba con los continuos miasmas de la impiedad y de la corrupcion. Un solo hombre, y el menos imperioso de todos ellos, bastó, en manos de Dios, para mostrar allí la fuerza de su diestra. Francisco de Sales, destinado para convertir el Chablés y el pais de Gex, brillaba con todas las prendas naturales y adquiridas que pueden disponer á las grandes empresas; pero desde su mas tierna edad conoció que la nobleza, los bienes de fortuna, la ciencia y todas las buenas cualidades naturales, de nada sirven, á los ojos de la fé y de la verdadera razon, sino en cuanto son instrumentos de la virtud para producir unos frutos tan incorruptibles como ella.

Con este designio hizo sus primeros estudios en Saboya, que era su patria, despues aprendió las lenguas en París con el célebre Genebrardo, la filosofia y la teología en el colegio de los jesuitas con Maldonado, y por último, el derecho en Padua con Pancirolo (1). Trató en esta última ciudad al P. Possevino, jesuita recomendable por su sabiduria, por su talento para la direccion de los negocios y de los espíritus, y por su eminente piedad; y le manifestó en confianza la inclinacion particular que profesaba á los estudios eclesiásticos. Pos-

(1) Mars. Vida de San Franc. de Sal. l. 1.

sevino, previendo los grandes designios del Señor acerca de aquel hombre extraordinario, exhortóle con eficacia á cultivar unas ciencias que le eran tan necesarias para el desempeño de su destino, añadiendo en términos espresos que le quería Dios para que llevase su palabra á pueblos engañados, y especialmente para que fuese en su patria la columna de la fé y de la Religion. No contento con darle consejos, hizose director de sus estudios, como tambien de su conciencia. Sacrificaba todos los dias en su obsequio dos horas, y nunca juzgó que empleaba mejor el tiempo, no obstante de lo apreciables que eran otras tareas suyas para el bien de la Iglesia. Instruyóle principalmente en la ciencia de las controversias y en el grande arte de la elocuencia, que poseia el mismo Possevino con singular perfeccion; pero el mas digno cuidado de este maestro piadoso fué cultivar las semillas de virtud que encontró en aquella alma pura, y elevarla á un grado tan sublime de perfeccion cual requerian los designios que Dios tenia acerca de ella. Consérvanse todavia unas reglas admirables de conducta, que se presume haberle sido prescritas por este hábil y virtuoso director.

Zozobró no obstante entre inmensos riesgos la inocencia de Francisco, pues tenia este una disposicion corporal y una fisonomia en extremo agradables, un candor, una afabilidad y un trato tan cariñoso, que no era posible verle sin amarle, con aquella modestia y aquel pudor ingénuo que inspira respeto á las almas honestas, pero que solo sirve de estímulo á las pasiones desordenadas. No solo tuvo que luchar contra los halagos de las mugeres perdidas, cuyo descaro suele repugnar aun á las virtudes comunes, sino tambien contra los de mugeres de alto rango y artificiosas que revestian la infamia con todas las esterioridades del honor, y ponianle en la cruel alternativa de elegir la fortuna que era consiguiente á la condescendencia, ó la muerte que debia de se-

guirse al desaire. Ya el santo jóven habia renunciado para siempre el matrimonio por medio del voto de virginidad, poniéndose bajo la proteccion particular de la Reina de las vírgenes para lograr las gracias sin las cuales sabia que no es posible ser continente; y si se esforzó siempre en hacer fructificar aquella ciencia saludable que era ya en él, como en el Sábio, una gracia preciosa, nunca fué mas fiel que despues de estos últimos peligros, en el desempeño de todos los ejercicios que podian atraer sobre él la abundancia de las bendiciones celestiales. Aumentó sus oraciones, sus piadosas lecturas, y sus austeridades; asistió con mas frecuencia y con mas fervor á la mesa del pan de los fuertes que acostumbraba recibir de ocho á ocho dias; observó una soledad mas severa, evitó hasta la sombra de las ocasiones peligrosas, é inspirándole la humilde persuasion de su flaqueza un santo temor que crecia de dia en dia con la noticia de las vergonzosas caídas de sus compañeros, depositó su confianza en el único que podia suministrarle las fuerzas necesarias. Instruido tambien de que seria inútil contar con sus grandes misericordias, si, por decirlo así, no las solicitaba con una correspondencia generosa, entregó al Señor todo su corazon.

No pertenecia al siglo una virtud de esta clase. No obstante, los padres del jóven conde de Sales, que era además su primogénito, habian fundado en sus raras disposiciones toda la esperanza de la familia. Para que empezase á brillar en el mundo, habianle destinado á la dignidad de senador en el senado de Chambery, y tenian tratado su casamiento con la hija única del baron de Vegy, consejero de Estado, jóven muy agraciada, de ilustre nacimiento, rica, y mas digna aun de ser solicitada su mano en atencion al grande influjo que su padre gozaba en la corte de Saboya. Tenian mucha Religion y una piedad poco comun el conde y la condesa de Sales, y esta habia repetido cien veces á su